

TRAS LAS HUELLAS

Acercarse al tema del amor a partir de los estudios realizados desde la disciplina creada por Sigmund Freud, es tarea en la que se abren muchos caminos para su abordaje. Sea cual fuere la vía elegida, exige ocuparse de puntos centrales de la teoría. Quizá podría situarse al amor y al odio como ejes teóricos medulares en el pensamiento psicoanalítico, con sus efectos estructurantes en el desarrollo de los sujetos.

El amor y el odio están presentes en los dramas atravesados por los hombres y las mujeres en su construcción y por lo tanto, en las sucesivas pérdidas, renuncias, ilusiones y desilusiones de sus objetos. Son como la cara y el envés de una hoja; tal como lo plantea Lacan son los polos de la estructura de la relación intersubjetiva.

«Si el amor aspira al desarrollo del ser del otro, el odio aspira a lo contrario: a su envilecimiento, ... su negación total» (Lacan, 1981, p.403)

El amor y el odio coexisten en un mismo sujeto conformando la ambivalencia; lo que cambia del uno al otro es el contenido ideacional, es decir, las representaciones correspondientes. La ambivalencia es superada al intensificarse uno de los polos. Estas cualidades constituyen, junto con la ignorancia, las principales pasiones del ser.

Sin olvidar el nexo tan cercano entre el amor y el odio, el texto intentará explorar los senderos del amor, las relaciones primordiales que los trazan y los claroscuros de esa relación imaginaria que sustenta intercambios fundamentales de la cultura y cuyos avatares conscientes e inconscientes expresan la imposibilidad siempre reiterada de lograr la plenitud.

LOS ENCUENTROS FUNDANTES

El amor no es algo primitivo en el pequeño sujeto humano cuando llega al mundo; no nace con él, ni se desarrolla espontáneamente

CARMEN LUCÍA DÍAZ

Psicóloga, Profesora del Departamento de Psicología de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia

YOLANDA LÓPEZ

Trabajadora Social, Magíster en Economía, Profesora del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia.

como resultado de una ley biológica. El amor existe en el otro, y como don activo, el semejante lo brinda al niño.

El amor hace presencia en el exterior junto con el lenguaje en la estructura que le antecede al sujeto como **Orden Simbólico**¹. Estructura que interviene con todo su vigor cambiando hasta lo que podría ser más orgánico, lo que en otras especies no humanas se coloca del lado del instinto.

Dos condiciones operan en la vulnerabilidad de la criatura humana frente al registro simbólico: su **indefensión** por la prematuridad física al nacer y la **presencia de otro** semejante encargado de su sostenimiento. Ese prójimo (madre, padre... etc). ser de lenguaje y de deseos, al cumplir con la función materna² inevitablemente lo hace desde la cultura, constituyéndose frente al niño en un representante de la estructura simbólica. Lo que estaba inacabado en su nacimiento, es completado por el Otro.

«...Hay un circuito simbólico exterior al sujeto y ligado a ciertos tipos de soportes, de agentes humanos, en el cual el sujeto, el pequeño círculo que llamamos su destino, está indefinidamente incluido». (Lacan, J. 1984, p.153.)

La palabra marca las huellas de la cultura. Los otros significativos que rodean al niño, que le

hablan, que le dan sentido al mundo desde su nacimiento, le donan a través de la mirada y de la palabra, una forma de percibir y desear el mundo, le permiten una manera de auto-apreciarse.

En este proceso el instinto se transforma definitivamente en pulsión, en instinto historizado. Después de ser nombrado, hablado por el otro, el registro de lo biológico, de la necesidad, se transformará, por cuanto el Gran Otro y el otro pequeño (o), (aquellos seres concretos y significativos que rodean al niño, a la niña) precisarán las formas, los rodeos, lo posible y lo imposible para situarse frente a sí mismo y a los otros como ser de cultura.

Esa omnipresencia simbólica externa se introyecta, se hace propia. Lo exterior se hace interior de una manera singular en cada sujeto, como realidad psíquica. Inicialmente y con exclusividad, en ella prima lo fantasmático, la ficción de lo vivido. En el psiquismo naciente ocupa un lugar de primacía la confusión entre lo propio y lo ajeno. En este proceso se fundan una serie de imagos³ de esa relación confundida y en espejo con el semejante. Esa apropiación particular e íntima que se produce en esa conjunción del mundo simbólico externo y las vivencias de lo real, corresponde al **registro de lo imaginario**.⁴

Lo imaginario «Es la capacidad original de producción y movilización de los símbolos que,

¹ El Orden Simbólico es uno de los tres registros que intervienen en la construcción de la realidad humana, planteados por Jacques Lacan, psicoanalista contemporáneo. Completan la serie el registro imaginario y el real. El orden simbólico designa los componentes humanos que tienen un carácter codificado, reiterativo, compartidos por un grupo cultural. La propiedad de este registro, es la posibilidad de circulación e intercambio entre los sujetos. En este orden el lenguaje se coloca en un lugar privilegiado. Es por excelencia el medio de intercambio y en su interior sus elementos son ordenados y permutables. En el universo simbólico acompañan al lenguaje las leyes y los códigos culturales. En psicoanálisis, todo lo anterior adquiere el estatuto de **Gran Otro** y así se le nomina (O mayúscula).

² Se habla de función y no de personaje, pues se hace referencia a esa labor de sostenimiento, cuidado y protección que un semejante dirige a un niño, indispensable para que pueda vivir. Función que a su vez produce y provoca la dimensión del deseo humano. Se puede decir que el oficio de maternaje es el responsable del surgimiento del deseo. El personaje, claro está, como tal, también juega un papel preponderante.

³ Imago: prototipo inconsistente de personajes que orientan electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás. Se elabora a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales y fantasmáticas con el ambiente familiar (LAPLANCHE Y PONTALIS. 1981 p. 199).

⁴ Lo imaginario requiere de lo simbólico para constituirse. De otra manera podría decirse que lo imaginario es la organización singular que cada quien crea en la aprehensión de lo simbólico y sus vivencias en lo real.

en el orden social, están ligados a la historia y evolucionan. Lo imaginario, en este sentido, es la atribución de significaciones nuevas a símbolos existentes. («Castoriadis, 1.975, en Kaes R, otros, 1989, p. 23, 24.»).

Lo simbólico es instituyente del mundo interno y externo del sujeto; organiza lo imaginario y a su vez, en alguien siempre está teñido de imaginario. En el interjuego de estos dos procesos se constituye la **subjetividad**.

«...Freud descubrió en el hombre el peso y el eje de una subjetividad que supera la organización individual en tanto que suma de experiencias individuales....La subjetividad es un sistema organizado de símbolos, que aspiran a abarcar la totalidad de una experiencia, a animarla y a darle su sentido.» Lacan J. Sem.II, 1.984, p. 68) .

LOS OBJETOS : ENTRE LA ILUSION Y LA IMPOSIBILIDAD

Cada ser humano arriba al amor construyendo sus objetos amorosos a través de sus encuentros y desencuentros siempre azarosos con sus semejantes. Es posible también, que algunos por su historia particular de relaciones y por la historia de quienes en el comienzo de su existencia, se dirigieron a ellos, no consigan armar objetos amorosos con la consiguiente imposibilidad de organizarse psíquicamente ellos mismos. (Piénsese como ejemplo los niños autistas, excluidos de toda relación con el Otro).

Se habla de **objetos** para nombrar «aquel que enciende la llama», hacia lo cual tiende el sujeto.

«El «objekt» freudiano no se opone en su esencia, al ser subjetivo. No designa con él una «objetivación» de la relación amorosa. Si en el lenguaje clásico, del siglo XVII, se empleaba ya este

término para designar aquello a que se dirige la pasión «llama», «resentimiento»... , es en este mismo sentido como debe entenderse nuestro «objeto». (Laplanche, J. 1987 p. 20).

Los objetos no necesariamente son personas, pueden ser parte de ellas, artificios o ideas; a la vez pueden ser reales o fantaseados.

El objeto propio de la experiencia psicoanalítica corresponde a una faz distinta del objeto de conocimiento. En psicoanálisis, la teoría del objeto se aborda desde diversos ángulos. Se configuran diferentes clases de objetos desde dimensiones psíquicas particulares (Rabinovich, D. 1988).

Freud, Winnicott y Lacan han delimitado objetos distintos, todos ellos presentes en el psiquismo humano y cumpliendo funciones específicas en su dinámica. Así, Freud deslinda el objeto del deseo, el de la pulsión y el del amor. Winnicott descubre el objeto transicional y Lacan redimensionando los anteriores, teoriza sobre el objeto (a) y el objeto de la demanda.

Las variadas clases de objetos constituyen series en las que éstos se articulan, se integran, se sustituyen o subrogan, conservando siempre la característica fundamental del objeto: su falta.

La pérdida fundante del objeto del deseo, primero en las series y propio del funcionamiento inconsciente, introduce una propiedad esencial en la actividad psíquica: su carácter regresivo y repetitivo en la búsqueda eterna de la realización del deseo, del reencuentro de ese objeto perdido. Reencuentro en lo real, nunca posible, siempre ilusorio.

La perenne búsqueda de la realización del deseo permite comprender en la clínica y en la vida cotidiana las permanentes demandas que se

articulan a la insatisfacción que signa las relaciones con los otros, con el mundo y que se constituye en axioma del discurso psicoanalítico.

Cómo y por qué el ser humano organiza su subjetividad alrededor de la pérdida? La ausencia que lo funda se sustenta en el intenso deseo de recuperar la plenitud inicial vivida con el otro que lo espera, que le significa la necesidad y al hacerlo le da existencia.

Cuando aparece en el/la niño/a el grito, el llamado que, sin intención comunicante, dice de su necesidad al otro, a la madre, ella, desde su saber de mundo, y desde la falta que también la ha atravesado en su constitución psíquica fundamental, le responde con objetos y acciones que logran la primera experiencia de satisfacción.

Las demandas sucesivas del niño, de la niña están ligadas a esas primeras sensaciones, percepciones, que como huella mnémica derivan de esa experiencia de satisfacción.

Freud hace referencia a la huella mnémica, efecto de la satisfacción de una necesidad, cuyo paradigma es el objeto oral y la carencia de alimento. Ante una nueva necesidad se anticipa esa huella psíquica constituyendo un pensamiento alucinatorio que en sí es placentero.

La **alucinación** como representación anticipada de placer, se postula como modelo de toda búsqueda posterior y del propio pensamiento inconsciente. Se introduce de esta manera una nueva forma de placer, placer psíquico, diferente al de la satisfacción de la necesidad.

En otras palabras, a partir de esa primera vivencia de plenitud «mítico primer encuentro del sujeto y su objeto de satisfacción» (Rabinovich, 1988 p. 12.), el bebé alucina la respuesta, buscando en ella la identidad de percepción, es decir repetir idénticamente lo vivido. Sin embargo, cada vez

encontrará que en cada nueva satisfacción hay algo que se perdió, constatando una y otra vez que lo que recibe no tiene la intensidad de lo primero vivido.

«En el deseo el objeto es la representación de la huella mnémica, con lo cual se crea una realidad propia del sujeto humano que es la realidad psíquica. Hay algo que busca una satisfacción en la memoria, en la huella mnémica, pero esta representación no tiene nada que ver con la realidad, el primer objeto es imaginario». (Jaramillo J. 1991).

La estructura psíquica del sujeto se sostiene entonces en el imposible de alcanzar el objeto del deseo. Signados por la ausencia y la nostalgia de esa relación inicial, por las huellas fundamentales inscritas en el cuerpo y en la psique nos lanzamos a la captura de ese objeto causa del deseo, (Llamado por Lacan objeto (a)), objeto inasible, intangible e indescriptible, tras el cual vamos y que quiméricamente presentificamos en objetos sucesivos que temporalmente nos dan la ilusión de completud. Pero el objeto(a) no es un objeto, es una falta, es algo que se perdió y es su ausencia lo que permite continuar la búsqueda. La adecuación del sujeto con sus objetos, será siempre ilusoria. Remitirán a la huella, al modelo del objeto perdido.

«Se impone entonces una conclusión: No existe una verdadera satisfacción del deseo en la realidad. A pesar de las expresiones que aparecen en el discurso, y que evocan la «satisfacción» o la «insatisfacción» del deseo, la única realidad en la dimensión del deseo es la realidad psíquica. Es la pulsión la que encuentra (o no) un objeto de satisfacción en la realidad, y puede hacerlo en función del deseo sobre el que Freud insiste diciendo que moviliza al sujeto hacia el objeto pulsional. Pero, como tal, el deseo no tiene objeto en la realidad.» (Dor J. 1986, p. 162.).

Habrá siempre, por lo tanto, algo que no fue escuchado, que no fue percibido, que no fue visto, que no pudo lograrse con el otro, dejando siempre, esa insatisfacción que está presente en nuestros dramas.

La demanda dirigida al otro, aunque articulada al deseo, es sólo una manera de hablar del deseo, y en ese sentido, en la respuesta persistirá la falta de algo indefinible, pero que tiene que ver con la voz, con la mirada, con el seno, las heces, con los bienes que el otro donó y recibió y que dejaron una huella singular y perenne.

La demanda, tal como lo plantea Lacan es siempre demanda de amor; demanda y amor anudados al deseo, que será siempre deseo de otra cosa. Aunque deseo, amor y demanda remiten a la falta, y aunque pueden reconocerse objetos para el amor y para la demanda, el deseo no podrá nunca ser colmado.

EL AMOR: FASCINACION CON LA IMAGEN - IDEALIZACION DEL OTRO

El amor se dirige al otro como ser total. El amante no fragmenta su objeto, no lo ama por partes, por ello puede afirmarse que a diferencia del objeto de la pulsión, el objeto de amor no es parcial, es unificado y total. Un sujeto ama a otro sujeto o se ama a él como ser ilusoriamente completo.

El amor al otro se construye sobre el amor a sí mismo. El narcisismo se dirige al yo ideal que como vivencia totalizadora y omnipotente da cuenta de las huellas iniciales del otro en el sujeto. Trazas que más tarde entrarán a formar parte del ideal del yo y que buscarán repetirse en el transcurso de la existencia. El narcisismo es solidario con el reconocimiento y admiración de la propia imagen, que al comienzo es la imagen del otro, imagen donada por el otro.

La primera carga libidinal sobre el mismo sujeto es una acción psíquica compleja que viene a sumarse al autoerotismo primordial y es el resultado del surgimiento del yo. Freud nos dice:

«El yo tiene que ser desarrollado. ... Para constituir al narcisismo ha de venir a agregarse al autoerotismo algún otro elemento, un nuevo acto psíquico» (Freud, 1973, pp 2019).

Ese nuevo evento psíquico tiene que ver con la identificación constituyente, no de rasgos del sujeto sino del mismo sujeto, de su yo; de ese yo primero, yo ideal que se organiza como el tronco de todas las demás identificaciones, las identificaciones secundarias.

Instituir un yo y representarse en él es un logro humano que exige al infante avanzar del estado de fragmentación y autoerotismo inicial al reconocimiento del otro y de él mismo, permitiéndole una primera organización de su mundo interno y del mundo circundante.

En una experiencia fundante, el pequeño humano reconoce en el exterior una imagen integrada, la forma completa del cuerpo del otro que como imagen le es devuelta, conformando su primer yo. En sus orígenes entonces, el yo es el otro. El yo se hace a imagen y semejanza del otro, con una forma corporal específica, anticipando psíquicamente lo aún no logrado a nivel motor; es decir, sin dominar su cuerpo físico, pero aún así, reconociéndose como el semejante, como un ser humano.

«Entonces el sujeto adquiere conciencia de su deseo en el otro, por intermedio de la imagen del otro; imagen del otro que le proporciona el espectro de su propio dominio».... El otro tiene para el hombre un valor cautivador, dada la anticipación que representa la imagen unitaria tal como ella es percibida en el espejo, o bien en la

realidad toda del semejante.» (J.Lacan, 1981, p. 193, 235.)

El yo incipiente se colma con lo que dicen de él, con las miradas que le son dirigidas, con lo que representa para los otros. Sólo a través del otro tendrá un saber de sí mismo. Esto dice del desconocimiento fundamental que desde el principio y para siempre acompaña al sujeto. Así, el niño y todo ser humano se dirige al otro para poder reconocerse y sentirse reconocido.

En ello interviene el amor: ser reconocido, ser amado o ser deseado por el otro, ubicarse en un lugar de valía para el semejante y sobre todo para aquellos que ocupan un lugar de privilegio en sus afectos.

El amor viene y va. Llega del otro al sujeto y se devuelve. El amor es efecto del amor de otro; amar supone haber sido amado o ser amado. El ser humano ama porque, frente al objeto amado, hay en él, una reviviscencia de su propio narcisismo.

El amor surge de la fascinación por esa imagen reconocida en el otro, ubicándose allí la idealización. Pero, el yo ideal, esa imagen total y completa, colocada imaginariamente como omnipotente, sin tacha y sin falta, se desvanece porque se reconoce la falta en el otro, falta que también retorna en espejo para ser colocada en el yo.

Sin embargo el sujeto no se conforma con la inevitable pérdida de su yo ideal, no renuncia a él, busca reencontrarlo en una nueva imagen idealizada: **el ideal del yo**, que como instancia simbólica, recupera para el sujeto las cualidades imaginarias de su yo inicial armonizándolas con los ideales paternos y las exigencias de la cultura.

Al respecto afirma Freud:

«... Reconocemos, en efecto, que el objeto es tratado como el propio yo del sujeto y que en el enamoramiento pasa al objeto una parte considerable de libido narcisista. En algunas formas de la elección amorosa llega incluso a evidenciarse que el objeto sirve para sustituir un ideal propio y no alcanzado del yo. Amamos al objeto a causa de las perfecciones a las que hemos aspirado para nuestro propio yo y que quisieramos ahora procurarnos por este rodeo para satisfacción de nuestro narcisismo ... Toda la situación puede ser resumida en la siguiente fórmula: **el objeto ha ocupado el ideal del yo.**» (Freud, 1973, p. 2590).

EL AMOR: AMOR AL OTRO PRIMORDIAL, HUELLA IMBORRABLE

El inacabado niño humano a través del lenguaje irá aprehendiendo el universo simbólico, es decir, irá constituyendo el mundo de los objetos, logrará un saber de sí en el cual reencontrará al otro y moldeará su deseo a partir de las demandas introducidas por la madre, el padre o el semejante encargado del sostenimiento del pequeño.

El otro que espera a un hijo o a una hija, que lo simboliza desde antes de nacer, que le habla, y con su palabra le transmite un saber esencial para orientarse en el mundo, le responde desde su deseo. Aquello que llega al infante como satisfacción remite al deseo de la madre, del semejante, por lo que el deseo del sujeto tomará los caminos que le trace el deseo del otro. De ahí la reconocida fórmula de Lacan, **DESEO ES EL DESEO DEL OTRO.**

Ser el objeto de deseo del otro es la aspiración fundamental del pequeño niño o niña. Ser lo que el otro ama, desea, propicia la entrega al deseo de ese otro primordial que lo alimenta, que lo acaricia, que lo ama: **la madre**, o quien haga sus

veces. El deseo de ser el objeto de deseo del otro, coloca al infante en la actitud de aceptar sus demandas para no perderlo. Querrá ser siempre el objeto de deseo de la madre y querrá saber qué desea la madre de él. Deseo de ser lo que el otro quiere que sea, pero a la vez deseo de saber lo que el otro quiere de él.

«A la proyección de la imagen le sigue constantemente la del deseo. Correlativamente, hay re-introyección de la imagen y re-introyección del deseo. Movimiento de báscula, juego en espejo. ... En el sujeto humano, el deseo es realizado en el otro, por el otro ...cambia su yo por ese deseo que ve en el otro. ... A partir de entonces, el deseo del otro, que es el deseo del hombre, entra en la mediatización del lenguaje.» (Lacan, 1981, pp 263 - 265)

Lo que la madre da al pequeño niño o niña es una ilusión de ser el objeto que la completa, que le da plenitud; vivencia que a la vez, permitirá al infante sentirse como un ser sin falta. La completud imaginaria, que no por imaginaria es menos eficaz en la autoapreciación, es un regalo que se recibe y que se supone como un don del otro, pero que la madre, como otro fundamental, no lo tiene, porque ella también ha sido atravesada por la castración y es sólo cuando el niño descubre que ella no es completa, que él desea ser o tener ese objeto que la completa. El, poco a poco irá constatando que su falta no podrá ser llenada por la madre, ni él podrá llenar el vacío de ella, porque no se pertenecen o sólo se pertenecen parcialmente.

Ser el preciso objeto de deseo de la madre, responderle exactamente por su deseo, no es atribución del niño; él solo podrá dar «algo» de lo que ella quiere y tendrá por lo tanto que sentir y vivir su alejamiento, ser testigo de sus búsquedas, de sus limitados encuentros. La separación, el distanciamiento será cada vez más

claro y el niño irá adquiriendo la certidumbre de la pérdida y el insistente deseo por recuperarla.

Es así como en esas primeras relaciones inter-humanas la madre se constituye en el primer objeto amoroso del niño. El la ama con la intensidad de los grandes amantes, ella lo es todo para él, ella es quien le da sentido a su existir; sus acciones le son ofrecidas, desea dar lo mejor de sí para satisfacerla. A la vez exige su exclusividad, no desea compartirla; desea apropiarse de ella, de todo su ser, tomarla para sí, englutiirla, devorarla; cualquier desilusión, falta de amor o insatisfacción de sus exigencias dirigidas a la madre, produce retaliaciones, disgustos y rivalidades de magnitudes a veces inimaginables e inmanejables.

En tanto la madre se ubica inicialmente como el yo ideal del pequeño niño, él la ama y se ama a él, refundiéndose en ese amor. En la paulatina diferenciación que el niño reconoce entre los dos, el amor se dirige a la madre y debe volver a él para que pueda amarse.

Así entonces son dos los primeros modelos amorosos del hombre y de la mujer: el sujeto mismo, niño o niña y el objeto nutriente y protector. Estos objetos conforman los patrones básicos de las consiguientes búsquedas y elecciones amorosas. Advirtamos que no sólo la madre entra en esa dinámica, el padre como presencia o como ausencia, es decir en su forma particular de ser y en el modo como es vivido por el niño o niña, deja huellas que reaparecerán en el transcurrir de la vida del sujeto.

Se ama, nos dice Freud en Introducción al Narcisismo :

- « 10. Conforme al **tipo narcisista**:
 - a. Lo que uno es (a sí mismo).
 - b. Lo que uno fue.

- c. Lo que uno quisiera ser.
- d. A la persona que fué una parte de uno mismo.

2o. Conforme al **tipo de apoyo o anáclítico:**

- a. A la madre nutriz.
 - b. Al hombre protector.
- «(Freud, 1973. p. 2033)

Esos primeros objetos de amor se deslizarán en otros objetos amorosos, en otros intereses. El niño será testigo de la insatisfacción que signa a sus padres, sin que él pueda colmarlos; la captura es imposible pues ella o él, madre o padre, tampoco tienen lo que él desea. Se dirigirán hacia otra, u otro, diferentes, que como objetos investidos sexualmente, a la manera de sueños lo, la atraerán respondiendo a su demanda. La completud inicial insistida y engañosamente conseguida se deshacerá con el tiempo, dando lugar a una nueva búsqueda.

LA ILUSION SE DESVANECE

«El amor parte de la falla del otro, pero ignorándola.» (Peláez P. 1990, pag.90.) El amor se instituye, surge, a partir de una ilusión: llenar un vacío supuesto en el otro, suplir su falta. El ser amado y el que ama comparten una misma certidumbre, que el tiempo se encargará de desmentir: yo tengo lo que el otro necesita, yo tengo la capacidad de completarlo, puedo ser objeto para su deseo.

Encontramos así el desconocimiento fundamental que el sujeto tiene de sí y del otro. No sabe, no quiere saber que la falta es irremediable y que si bien ella misma nos explica las continuas búsquedas y los ilusorios encuentros, a la vez nos permite comprender las despedidas, las ausencias, los fracasos que signan el encuentro amoroso con el otro.

La pérdida de la completud inicial vivida en el seno materno, la ausencia de la plenitud lograda en las primeras vivencias de satisfacción; el desvanecimiento de ese yo imaginariamente completo y omnipotente, que tanto complacía al niño, como faltas vividas con intensidad particular en cada sujeto, serán resignificadas en ese proceso fundamental de pertenencia imaginaria y de separación simbólica del niño y la madre, que es el proceso edípico.

La falta que nos aqueja remite entonces a una pérdida fundamental, estructurante de la subjetividad: Es la pérdida del objeto primordial, la MADRE, separación que la cultura impone a través de la función paterna.

Cada hombre y mujer, vivirán con los otros una historia particular, única e irrepetible tejida en los avatares de la constelación materna y de su relación con ese proceso fundante, que es la castración. Un saber inconsciente sobre el objeto primordial, articulado a las primeras experiencias satisfactorias, al apego, al desprendimiento de la madre, subtenderá las búsquedas y las relaciones con los objetos amorosos.

El amor y sus atributos simbólicos e imaginarios, se sustentan en un equívoco sobre la falta de objeto en el otro. Nos resistimos a aceptar que hay algo que se perdió, que ya no podrá recuperarse, pero tozuda, tenazmente lo buscamos, sostenidos en la ilusión de un nuevo encuentro.

Los objetos de amor, serán siempre subrogados del objeto inicial que no podrán colmarnos en tanto decepcionan el objeto causa del deseo. Así en toda relación amorosa, además de los amantes estará ese Otro Primordial, que es presencia imaginaria a la que remite toda demanda de amor. Es evocación de una ausencia, intensa ilusión de recuperar aquello que no se sabe muy bien qué es ni quien lo porta.

Uno tras otro los objetos perfilarán su falta que no es más que la falta en el sujeto. Falta que nos dice de esa relación parojoal con los otros que se mueve entre lo imposible y la esperanza.

DE LA PASIÓN AL AMOR

Enamorarse es quedar prendido y prendado del objeto amado. El otro del amor es la imagen de la perfección, de la omnipotencia, de la ansiada completud. El amado atrapa con su mirada, sus palabras, sus demandas y en las cualidades singulares que el amante le atribuye. El amado o la amada es un ser distinto, diferente, único, con quien lo vivido no encuentra referencia en la propia historia del enamorado ni en la de los otros.

«Se ama aquello que hemos sido y hemos dejado de ser o aquello que posee las perfecciones que carecemos. La fórmula correspondiente sería: es amado aquello que le falta al yo para poder llegar al ideal» (S.Freud. 1973, p. 2033.)

Pero a los enamorados también los asedia el dolor. Las imposibilidades, las desilusiones, las no correspondencias, producen intensos sufrimientos. El sujeto es vulnerable frente al ser que ama.

«El ser amado constituye el fin y la satisfacción.... La dependencia al objeto amado es causa de disminución del sentimiento de autoestimación: el enamorado es humilde. El que ama pierde, por decirlo así, una parte de su narcisismo y sólo puede compensarla siendo amado.» (S. Freud.1973, pp.2031.)

El amor también cura. Cuando el objeto amoroso poseedor de todas las perfecciones es alcanzado, el amante se acerca a su propia perfección imaginaria e instalado en ella, se reconoce y se ama en el otro.

El amor pasión está entonces del lado de lo imaginario. De lo que no admite falla, ni quiebre. Fundado en la ilusión de la completud del encuentro pleno, no sabe, no quiere saber del otro en su SER. Es una experiencia en la que la **falta**, que está más allá de la imagen, se borra, se sustrae, para quedar suspendida en la fascinación.

La plenitud encantadora del otro se irá perdiendo... La imagen se inscribirá en lo simbólico, se subordinará a la palabra. Se advertirán en el otro, que encarna una historia vital, las fallas, carencias, incompletudes que dirán de lo que tiene de singular el ser amado. El amante reconocerá la carencia en el otro y a pesar de ello lo amará ya que sustenta la ilusión de llenarla, de suplir la pérdida.

Esta ilusión, que de alguna manera remite a la propia imagen idealizada, se va desvaneciendo cuando negándose a saber de su falta, el amado no responde a los llamados que dicen del ser del otro, de sus demandas. Si inaccesible a la palabra, se resiste a reconocer lo que como don le es ofrecido; si incapaz de reconocer sus límites se obstina en una completud imaginaria, el vacío, que es falta de ser y de saber, se tornará insopportable, porque reactualizará la falta en el otro. Sobreverán las dudas y aparecerá el drama que acompaña la separación.

El rechazo al otro tendrá ahora un pretexto y en un giro inusitado la servidumbre y la ofrenda del amor podrán convertirse en odio intenso. Decepcionado del objeto, el amante se dirigirá a otros, reintentará la aventura amorosa, se negará el amor o buscará en las posibilidades de la cultura satisfacciones degradadas o sublimadas.

«El amor, no ya como pasión, sino como don activo, apunta mas allá del cautiverio imaginario, al ser del sujeto amado en su particularidad. Por ser así puede aceptar en forma extrema sus

debilidades y rodeos, hasta puede admitir sus errores, pero se detiene en un punto, punto que sólo puede situarse a partir del ser: cuando el ser amado lleva demasiado lejos la traición a si mismo y persevera en su engaño, el amor se queda en el camino» J. Lacan, 1985, p. 402)

La fusión de los amantes en una relación dual, conlleva la imposibilidad de dirigirse a otros y ubicarse también frente a ellos como sujetos en el mundo. La fusión mata al sujeto, produciendo simultáneamente una relación, mezcla de fascinación y de mortífera devoración con el correlato ineludible de la rivalidad.

De la captura imaginaria en que se inscriben los amantes, los sujetos se desprenden para situarse en un universo simbólico que desde sus sentidos, desde sus significaciones los reclama.

Amar al otro como don activo exige dejarse sujetar por lo simbólico, dejarse afectar por el reconocimiento de la mutua carencia, aceptar la diferencia, la separación y la recíproca desilusión. La paradoja del encuentro se inscribirá en el fluir incesante de la historia de cada uno de los amantes, en lo que de singular cada uno tiene, sabe o es, pudiendo ser ofrecido o negado al otro.

Bibliografía

- FREUD, S. En Obras Completas. Biblioteca Nueva. 3a. edición. Madrid. 1973. «Introducción al Narcisismo» y «Psicología de las Masas y Análisis del yo».
- DOR, J. Introducción a la lectura de Lacan. Gedisa. 2da edición. Barcelona. 1995.
- JARAMILLO, J. Conferencia. El Objeto en Psicoanálisis. 1991.
- LAPLANCHE, J. Vida y Muerte en Psicoanálisis. Amorrortu. Buenos Aires. 1987.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. Diccionario de Psicoanálisis. 1981.
- LACAN, J. Escritos 1. Siglo XXI. México. 1981.
- LACAN, J. Seminario 1. Los Escritos Técnicos de Freud. Paidos. Buenos Aires. 1981.
- LACAN, J. Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la teoría Psicoanalítica. Paidos. Buenos Aires. 1984.
- KAES, R. BEGLER, J. Otros. La Institución y las Instituciones. Estudios Psicoanalíticos. Paidos. Buenos Aires, 1989.
- PELAEZ, G. Mujeres. En El Amor en Psicoanálisis. Fundación Freudiana de Medellín. 1990.
- RABINOVICH, D. El concepto de Objeto en la teoría psicoanalítica. Manantial. Buenos Aires. 1988.